

LUGAR MALDITO, SALADO, TRAUMATIZADO

# Tlaxcoaque, 30 años imperio del terror



Ruinas de lo que fuera, durante tres décadas, centro propicio a la arbitrariedad ■ Foto: Marco Antonio Cruz

Sin ocultar su satisfacción por la demolición del inmueble de nueve pisos, el presbítero sostuvo que para nadie es un secreto que en ese sitio, especialmente en los "temibles sótanos" se torturaba, se extorsionaba, se vejaba, se incomunicaba y violaba generalmente a víctimas pobres.

El comentario del sacerdote fue robustecido por los testimonios de personas que, por diversas circunstancias, fueron huéspedes involuntarios de las mazmorras de Tlaxcoaque.

Eduardo Valle, *El Búho*, hace a un lado los comentarios jocosos. Repentinamente serio, afirma:

—Los sótanos de esa prisión oían a humedad, a violencia, a impotencia.

Fue apresado e incomunicado en Tlaxcoaque en agosto de 1973, en relación con el asalto a la Torre de Rectoría por un grupo de pseudoestudiantes comandados por Mario Falcón, lo que finalmente provocó la renuncia de don Pablo González Casanova, rector en ese entonces de máxima casa de estudios.

Valle explica que él y varios dirigentes universitarios convencieron a Falcón, quien era blanco de la policía, para que abandonara la rectoría y lo condujeron a Embajada de Perú.

En la madrugada de agosto del 73, re-

**Manuel Altamira** ■ *Sustituto de la sexta delegación de policía, la cárcel de Tlaxcoaque, inaugurada en 1955, se erigió, por años, en monumento a la brutalidad policiaca, al abuso, a la arbitrariedad, a la incomunicación, a la extorsión y a la impotencia ciudadana.*

*En cada golpe a las paredes, en cada ladrillo que cae, se está desmoronando ese imperio al terror que levantó el gobierno capitalino, dijo el sacerdote Jesús Novelo, capellán de la capilla de Tlaxcoaque.*

*El sitio donde funcionó durante casi 30 años la Dirección de Policía y Tránsito y el Servicio Secreto, primero, y la Dirección de Investigaciones para la Prevención para la delincuencia, después, "está maldito, salado, traumatizado", añadió.*

cuerda, llegaron a su domicilio cuando menos una docena de agentes policiales, quienes lo golpearon —"me dieron una madriza espantosa"— y llevaron preso a Tlaxcoaque.

—Eran unos cerdos —afirma al referirse a los agentes del antiguo Servicio Secreto.

El actual dirigente del Partido Mexicano de los Trabajadores recuerda muy especialmente a Antonio Sam López, a

quien califica como "un torturador y asesino de lo peor; personalmente me amenazó con bajarme a patadas a la guardia de agentes para sacarme la sopa".

Valle aligera el relato con una anécdota.

Dice que miembros del PMT fueron invitados por Arturo Durazo Moreno a desayunar en el tercer piso del edificio de Tlaxcoaque. El director de Policía y Tránsito elogió al ingeniero Heberto Cas-

tillo y dijo a los comensales que podían formular cualquier queja, cualquier denuncia.

Valle aprovechó esa coyuntura para decirle a Durazo que su escolta maltrataba y ofendía a los pobladores de Tlalpan cuando él transitaba por esa zona.

Durazo no esperó a que terminara el comentario. Se levantó aparatosamente y abandonó el comedor.

—Estaba loco —comenta.

Jesús Sosa Castro, dirigente del Movimiento Revolucionario del Magisterio, tiene presentes tres casos de su estancia en Tlaxcoaque.

Recuerda muy especialmente a "El Carrizo", un ladrón de los llamados zorros, que diariamente era sacado de las celdas por los agentes, llevado a desayunar y a adquirir ropa lujosa.

El se hizo amigo de "El Carrizo", quien le explicó que el trato preferencial que recibía no era gratuito, sino producto de los miles de pesos que entregaba a los agentes.

"El Carrizo" era especialista en el robo a casas habitación, tenía fuero entre los propios detenidos y obligadamente compartía el producto de los hurtos con los miembros del ex Servicio Secreto.

De su experiencia de nueve días en los

sótanos de ese reclusorio, Sosa Castro recuerda a un jovencito sumamente delgado que fue sacado de las celdas en la madrugada.

—El pobre temblaba de terror; su rostro juvenil reflejaba desesperación —dijo.

Tres horas después regresó a la celda. Iba metido en un costal y enfa el rostro desfigurado y apenas podía caminar.

También presenció la golpiza, en presencia de todos los reos, de un chileno, a quien querían obligar a aceptar su participación en asaltos bancarios. El tuvo la mala fortuna de citarse con su novia en una institución bancaria que acababan de asaltar.

Pero a Sosa Castro le impresionó más una muchacha, supuestamente involucrada en actividades guerrilleras, que junto con su padre fue encerrada en uno de los separos destinados a la tortura.

Claramente se escuchó cuando uno de los agentes le ordenó a la muchacha:

—Desnúdate...

Y En seguida la voz desesperada, chillona del padre que suplicaba a los policías:

—Por lo que más quieran, no vayan a violar a mi hija.

—Había más, mucho más, pero esos tres casos se me quedaron muy grabados —acota Sosa.

Gerardo Unzueta, actual miembro del Comité Central del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), estuvo por primera vez en los sótanos de Tlaxcoaque en 1965, cuando el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz ordenó una batida general contra los "rojos" que pretendían subvertir el orden.

Entrevistado en su oficina, calificó la cárcel de Tlaxcoaque como "un lugar de tortura, de secuestro, de aislamiento y de desmoralización; se trataba de reducir al prisionero por medio del terror".

Tlaxcoaque, agregó, fue la cárcel más "inhumana y sádica" del país y la policía del Servicio Secreto y de la DIPD "la más sucia y corrupta que se haya conocido".

Se trató, afirma, de la "organización del crimen más completa", pues es difícil encontrar en el mundo una policía más sádica y corrupta".

La violación de mujeres era frecuente; la tortura, sistemática; las redadas, diarias; y se alentaba la delincuencia, pues los propios agentes controlaban y explotaban a los ladrones.

Incluso, en la época del Servicio Secreto se rasuraban las cejas a los raterillos, para que cualquier agente pudiera identificarlos y capturarlos o extorsionarlos indiscriminadamente.

Los sótanos se conformaban por un galcrón de aproximadamente 150 metros cuadrados, con celdas reducidas a los lados, donde en épocas como el 68 llegaron a habitarlas hasta 400 personas.



Eduardo Valle

Cada celda, de cuatro metros por cuatro, tenía una litera de cemento, el excusado en el mismo espacio físico, oscura, alumbrada con luz artificial.

Al lado, los cuartos dedicados a la tortura y a fichar a los detenidos. Eran pequeños, sin ventilación y en las madrugadas, sin excepción, se filtraban los gritos de dolor y de terror de los reos atormentados.

Prócoro Gómez perdió la cuenta de las ocasiones en que permaneció incomunicado en los separos de esa prisión. El era el responsable de la imprenta del Partido Comunista Mexicano. El iba invariablemente a prisión cuando la policía decomisaba los volantes o periódicos impresos ahí.

Era ya tan conocido Prócoro en las oficinas de Tlaxcoaque, según comenta, que el propio Raúl Mendiola Cerecero, comandante del Servicio Secreto, le decía:

—Otra vez por aquí, Prócorito.

Prócoro coincide con los entrevistados en que ese lugar fue escenario de torturas, violaciones, incomunicaciones y otras alteraciones constitucionales.

Cuando se le pide que mencione el hecho que más le impresionó durante su encarcelamiento en Tlaxcoaque, recapacita y medita por más de un minuto.

Recuerda que un pintor desempleado fue detenido en el perímetro del Nacional Monte de Piedad cuando llevaba a empuñar un televisor de su propiedad.

Agentes del Servicio Secreto sometieron al pintor a "las peores torturas" durante una semana, para obligarlo a "confesar" dónde se había robado el aparato. De nada valieron sus súplicas y aseveraciones de que el televisor era suyo.

Pero a la semana se enfrentó a los agentes, que como todos los días lo llevaron a torturar.

—De aquí ya no me sacan; si quieren mátenme, pero no aguanto un golpe más.

Cruzada de brazos, María del Refugio Delgado observa dubitativa el edificio en demolición:

—Si viera cuántas chingaderas se cometieron ahí —señala.

Ella realizó trabajos de limpieza durante 18 años en la cárcel de Tlaxcoaque. Fue testigo del trato inhumano a los detenidos. Comenta que muchos murieron en la tortura.

Señala que en las investigaciones, los detenidos, especialmente los sospechosos de robo o violación eran sacados a las calleras, por el rumbo de La Villa y sumergidos, repetidamente, en aguas nauseabundas.

Por último, el arquitecto Jesús Tenorio Guajardo y el ingeniero Agustín Díaz de la Fuente, responsables de los trabajos de demolición, señalaron que esta concluirá pronto.

Informaron que la primera etapa de la destrucción del edificio, iniciada en febrero (de 1984) abarcó exclusivamente el desmantelamiento de la cristalería, los herrajes, los cancelos y el sistema eléctrico.

La segunda etapa, que principió el 12 de noviembre, se encarga de la demolición de la estructura del inmueble, el cual, señalaron, estaba en pésimas condiciones. Sólo se han respetado las áreas donde funcionan la imprenta, el almacén y la sala de cómputo, donde se lleva el control de las infracciones y se controlan los semáforos.

Además, los sótanos, comunicados al edificio por unos pasillo, aún no caen bajo la piqueta. Algunos trabajadores temen que abajo, en la última etapa de los trabajos, encuentren restos de las víctimas de los agentes.

—¡Si estas paredes hablaran!... Y nuevamente aborta, siempre cruzada de brazos, recorre con la vista el edificio en ruinas, con el que termina, según los testimonios, toda una época de barbarie policiaca.



Hilario Moreno



Gerardo Unzueta

# Hilario Moreno, profesor comunista, una víctima

**Manuel Altamira ■ El profesor Hilario Moreno, jefe de redacción de La Voz de México, órgano oficial del Partido Comunista Mexicano en la década de los 70, fue el último preso político que murió a consecuencia de la tortura en la cárcel de Tlaxcoaque.**

**Compañeros y amigos de Hilario Moreno —Gerardo Unzueta, Eduardo Montes y Prócoro Gómez— describieron la personalidad y las características que envolvieron el asesinato del militante comunista.**

Moreno, según dijo Prócoro Gómez, encargado por muchos años de la imprenta del PCM, era frágil, excesivamente nervioso, y sangraba de la nariz en situaciones conflictivas, difíciles.

Comprometido con la causa revolucionaria de Centroamérica, Hilario albergó en su casa a un opositorista guatemalteco, diputado durante el régimen de Jacobo Arbenz, lo que le valió estar en la mira policiaca.

Hilario Moreno, cuya combatividad y compromiso con las luchas populares era ampliamente conocida, según explicó Eduardo Montes, fue detenido a fines de diciembre de 1974 en una estación del Metro.

Conducido a la cárcel de Tlaxcoaque, por prolongación 20 de Noviembre, permaneció varios días incomunicado y sometido a vejaciones y torturas, según coincidieron los entrevistados.

Elementos de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia, antes Servicio Secreto, pretendían obligar a Hilario Moreno a aceptar su conexión con los movimientos populares que en esa época empezaban a generalizarse en Centroamérica, especialmente en Nicaragua.

Hilario desapareció los últimos días del citado año. Familiares, amigos, compañeros y alumnos recorrieron hospitales, clínicas, cárceles, puestos de socorro, sin éxito.

En Tlaxcoaque lo negaron. El personal de guardia repitió insistentemente que en la lista oficial de detenidos no aparecía el nombre de Hilario Moreno.

Pero en esos momentos, según los testimonios, Hilario estaba incomunicado y sometido a presiones en los sótanos de esa legendaria prisión.

El cinco de enero de 1975, la Dirección General de Policía y Tránsito, dirigida en ese entonces por el general Daniel Gutiérrez Santos, emitió un comunicado de prensa en el que informaban del "suicidio" del profesor Hilario Moreno.

Para robustecer su tesis, la Dirección de Policía y Tránsito dijo que el militante del PCM fue detenido e interrogado sobre su presunta relación con grupos subversivos.

Incluso, el boletín mencionaba que al momento de su captura Moreno tenía en su poder varios pasaportes falsos y armas.

Pero sus amigos y compañeros rechazaron esa versión.

—Murió en la tortura —dijo convencido Eduardo Montes.

—Fue un asesinato vil el de Hilario Moreno —señaló Gerardo Unzueta, actual miembro del Comité Central del Partido Socialista Unificado de México.

—No aguantó los tormentos; estaba enfermo cuando lo detuvieron —expresó Prócoro Gómez.

La denuncia del asesinato de Moreno no tuvo acogida en la prensa de esa época. Los diarios repitieron la versión del suicidio propalada por la dependencia policiaca.

Las protestas y movilizaciones de militantes del PCM y de otros grupos progresistas no surtieron el efecto deseado para que se abriera una investigación al respecto y se castigara a los responsables del homicidio.

Montes, Unzueta y Prócoro Gómez coincidieron en señalar que Hilario Moreno no pudo suicidarse. En primer lugar, afirman, la altura de la celda impedía el ahorcamiento.

Hilario fue el último preso político muerto en la cárcel de Tlaxcoaque. Dos años después se instauró la reforma política y el Partido Comunista fue reconocido en el espacio político del país.

Pero su muerte, a manos de agentes judiciales —la autopsia reveló deceso por ahorcamiento y golpes contusos en todo el cuerpo—, queda como ejemplo de la barbarie y la brutalidad que imperó, no sólo contra los reos políticos, en la desaparecida cárcel de Tlaxcoaque.

# La tortura, oscura capacidad del hombre

El profesor Jesús Sosa Castro críspala los puños, se agita, suda, se revuelve en su asiento al recordar los nueve días de torturas y de incomunicación que vivió en la hoy derruida cárcel de Tlaxcoaque.

Militante del Partido Socialista Unificado de México y del Movimiento Revolucionario del Magisterio, conoció lo que él llama "ese imperio del terror" cuando pretendieron involucrarlo en el secuestro de Julio Hirzfield Almada, director de Aeropuertos y Servicios Auxiliares.

A juicio de Sosa Castro, la policía mexicana, impotente para enfrentar las acciones de grupos políticos militares, recurrió a la captura indiscriminada, violenta, arbitraria, de dirigentes y militantes de organismos políticos o sindicales de vanguardia.

En octubre de 1972, días después del secuestro de Hirzfield Almada, Sosa Castro fue detenido violentamente por agentes del entonces Servicio Secreto, en Calzada de los Misterios y Río Blanco, cuando llevaba a su esposa al trabajo.

Recuerda que dos autos sin placas, de color oscuro, grandes y viejos cercaron su vehículo sorprendentemente. Bajaron cuatro individuos armados con metralletas que lo maniataron y apresaron sin orden de autoridad competente.

—¿Dónde está el hombre que atropellaste? —preguntó uno de los agentes. Era el pretexto para aprehender a Sosa Castro, quien se había distinguido en su lucha abierta y pública en el PCM y en el MRM.

—Abre la cajuela —le ordenaron. Pensaban encontrar lo que los agentes llamaban propaganda subversiva, pero sólo hallaron libros de texto y material didáctico.

Fue conducido posteriormente a la cárcel de Tlaxcoaque, a los sótanos, donde permaneció ocho horas "sin ser abordado por ninguna autoridad", recuerda.

En las primeras horas del día siguiente fue sacado de la celda y conducido a un cuarto oscuro, reducido, donde lo interrogaron dos sujetos prepotentes e insolentes, según el testimonio.

—¿Cuántas veces has viajado al extranjero?

Sosa Castro se inclina sobre el escritorio. Sus ojos pequeños se agrandan a través de los anteojos y su pelo largo, canoso, oscila al ritmo del testimonio viviente.

Los agentes, dice, volvían a la carga. No le permitían el mínimo reposo.

—¿Conoces la URSS y Corea del Norte?

—La URSS sí —respondió el maestro. Viajó como miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Fue un viaje público, con fines académicos.

—¿Y Corea del Norte?

—Nunca he estado en Corea del Norte. El interrogatorio, señala, se alargó durante tres horas. Versó principalmente sobre su actividad política, que además era pública, ampliamente conocida y que reconoció sin tapujos, abiertamente.

Luego pasaron al asunto que realmente les interesaba.

—¿Dónde tienen a Hirzfield Almada?

—No sé.

—¿Y las casas de seguridad?

—No sé.

—¿Conoces a gente del FUZ y del MAR?

—No.

Exhausto, nervioso, Sosa Castro fue regresado a su celda. Por primera vez recorrió los sótanos y tuvo plena conciencia de que estaban diseñados para imprimir terror.

Había dormitado apenas unas horas

cuando fue llevado nuevamente a uno de los separos. Lo esperaban otros agentes que asumieron una actitud abiertamente hostil, agresiva.

—Si no respondes, te vamos a dar en la madre —le dijeron a guisa de bienvenida. Hemos checado los datos que nos diste y resultaron falsos.

Siguió un alud de insultos, de agresiones verbales, desplantes de violencia y mentadas de madre, afirma Sosa Castro.

—Ahora sí, cabrón, te vamos a matar. Nos has engañado —le vendaron los ojos, le amarraron las manos por la espalda y bajaron al estacionamiento de Tlaxcoaque, donde lo subieron a un auto grande.

Fue colocado en el piso posterior del vehículo. Lo cubrieron con una manta y dos agentes pusieron, con fuerza, sus pies sobre él. Adelante viajaban el chofer y un tipo al que le decían "jefe".

El vehículo transitó durante 40 minutos. Se detuvo en algunos cruceros, pero también hizo paradas intencionales para desconcertar al prisionero. Sosa Castro sabe ahora que estuvo en la Caballería Montada de la entonces Dirección de Policía y Tránsito del Distrito Federal.

—Ya llegamos, dijo uno de los agentes, mientras cortaba cartucho a la pistola.

Se abrió un portón grande y entró el auto. El agente, intimidatorio, insistió:

—Más vale que declares, pues de lo

contrario la vas a pasar mal, te vamos a dar en la madre.

Pero la estrategia de la tortura también incluía un trato menos despótico, más amable, paternal.

—Es mejor que declares. Di dónde está Hirzfield Almada y lo de los asaltos a los bancos. No me gustaría que te pase algo grave.

"Yo siempre respondía lo mismo: no sabía nada del secuestro ni estaba vinculado a ningún grupo guerrillero", dijo.

Fue bajado violentamente del auto, empujado, y en el trastabilleo pegó contra las pacas de pastura de los caballos.

—Como no quieres confesar, te vamos a matar, te vamos a fusilar —le advirtieron.

Fue colocado, siempre vendado de los ojos, en una barda y el que daba las órdenes pidió al pelotón de fusilamiento.

—Preparen...  
Apretó los puños, puso el cuerpo tenso, recargó la cabeza en la barda.

—Apunten...  
Esperó la ráfaga, la muerte. Visiones confusas, encontradas, se agolparon en su cerebro. Diez segundos, veinte, treinta y nada.

—Bajen las armas —se ordenó.

Lo tomaron de un brazo, lo derribaron y recibió la primera paliza formal. Varios tipos lo tupieron a golpes y patadas en cabeza, cara y cuerpo. Después —cuen-



Jesús Sosa Castro

ta— fue desamarrado y tembló ante la nueva orden.

—Desnúdate...

Se quitó la ropa calmadamente. Era el mes de octubre y "hacía un frío de los mil diablos". Amarrado otra vez fue obligado a caminar por un pasillo estrecho y bajo. "Pegaba con la cabeza en el techo y con los codos en las paredes".

Colocado en una pileta llena de agua y con excremento equino, Sosa Castro volvió a ser interrogado:

—¿Dónde está Almada?  
La misma negativa, la misma respuesta que exacerbó a los policías que lo sumergieron en el agua. El profesor se defendía, se revolvió como presa herida. El instinto de conservación lo obligó a sacar fuerzas desmesuradas, afirma.

"Fui sumergido en el agua cuatro o cinco ocasiones, hasta que sentí un zumbido en los oídos y empecé a perder fuerzas, a desfallecer", dijo. Pensó que debía decirles algo a los sujetos para ganar tiempo.

—Está bien, voy a hablar —les dijo. La frase surtió efecto. Lo sacaron del agua y le permitieron descansar unos minutos. Empezó a respirar normalmente.

—Reconozco varios asaltos bancarios —confesó.

Pero los agentes tenían una obsesión, una consigna: el secuestro de Hirzfield Almada y volvieron a golpear con saña al militante político.

—Vistete. Volvieron a desandar el camino, a pasar por el pasillo estrecho y, vendado, abordó el auto grande, que se dirigió a Tlaxcoaque.

Entró a una celda donde había más de 20 detenidos. "Quiero resaltar la enorme solidaridad de los presos comunes, especialmente de uno apodado 'El Carrizo', quien me dio una taza de café y ordenó que se juntaran los periódicos para que me acostara en el piso".

Durmió profundamente, pero al despertar estaba en condiciones verdaderamente desastrosas. "Me dolía todo el cuerpo; apenas podía moverme". Ahí permaneció incomunicado nueve días hasta que fue llamado a la manera tradicional.

—Ese profesor Sosa, a la reja con todo y chivas.

En la guardia le entregaron sus pertenencias, firmó de recibido y le golpeó en las sienas la despedida.

—Está libre. Ya comprobamos que nada tiene que ver con el secuestro de Almada.

